

relativiza la pretensión del catolicismo romano de ser el único que está 'en posesión de la verdad'. Y ello con toda razón... muchos postulados neotestamentarios apenas si se han cumplido en el catolicismo» (p. 266, t. 4/1B). Nos parece ésta una afirmación gratuita, máxime cuando no se pone ni un sólo ejemplo que la confirme. Como era de esperar acude también a las quemas de la Inquisición, repitiendo los consabidos y poco documentados tópicos (cfr. p. 172, t. 4/2).

En la traducción no siempre es consecuente. Así en p. 238, t. 4/1B traduce la palabra griega *lestés* de Jn 18, 40 por ladrón, mientras que en la p. 12, t. 4/3 la traduce por asesino. En alguna ocasión recurre a la Vulgata. Parece ignorar, en cambio, la Neovulgata pues jamás alude a ella, a pesar de que la obra original alemana se terminó de publicar en 1981, cuando ya hacía dos años que la Exhortación Apostólica *Scripturarum thesaurus* había promulgado la edición típica de la Neovulgata. En conjunto resulta una obra bastante irregular, donde se entremezclan posturas contradictorias, elementos de alta investigación, inadecuados para el lector medio, y cuestiones pastorales, ajenas a veces a la línea predominante en esta colección.

Antonio GARCÍA-MORENO

E. COTHENET-L. DUSSANT-P. LE FORT-P. PRIGENT, *Escritos de Juan y Carta a los Hebreos*, Madrid, Eds. Cristiandad («Introducción a la lectura de la Biblia», 10), 1985, 342 pp., 13 x 21.

Esta colección, según se dice al principio, «aspira a ser el instrumento de trabajo y reflexión esperado por grupos bíblicos, comunidades o simples lectores. No se dirige a especialistas, sino a ese amplio público que desea *leer y comprender* la Biblia. De ahí que se hayan redactado todos sus volúmenes en forma eminentemente didáctica y formativa» (p. 4). No obstante la lectura de esta obra requiere una cierta formación bíblica y teológica, no poseída por ese «amplio público» a quien se destina. Es preciso aclarar que, de los autores, Cothenet y Dussant son católicos, mientras que Le Fort y Prigent son protestantes. Así se explica en la presentación por parte de uno de los directores de la colección, André Paul.

El hecho, un tanto llamativo, de que los escritos joánicos sean tratados por autores diversos, se justifica diciendo que «entre el cuarto evangelio, las tres cartas y el Apocalipsis hay, curiosamente, un aire de familia, así como diferencias considerables. Al confiar este trabajo a tres autores diferentes, el editor ha pretendido ayudar a los lectores a captar dichas variaciones joánicas, para que aparezcan mejor las semejanzas al final del recorrido» (p. 13). Así E. Cothenet trata lo concerniente al Evangelio de San Juan, P. Le Fort las cartas joanneas y P. Prigent estudia el Apocalipsis.

E. Cothenet intenta ofrecer «una muestra de los datos recientes de la crítica» (p. 20). Para ello divide su trabajo en seis capítulos. En el primero hace una presentación literaria del Evangelio, tratando los problemas de su unidad y composición, así como las características literarias. El capítulo siguiente habla de la formación del IV Evangelio, mientras que el capítulo tercero se ocupa del trasfondo religioso y de las corrientes que pudieron influir en el hagiógrafo al componer su obra. La teología del Evangelio ocupa el capítulo cuarto, tocando temas tan interesantes como el del juicio, el de Jesús como Salvador del mundo, el de la misión del Paráclito y el de la unidad de la Iglesia, donde se incluyen algunas páginas sobre la Virgen. El capítulo quinto lo dedica a la relación entre historia y símbolo, cuestión decisiva para comprender la enseñanza de San Juan sobre Cristo y los símbolos. Por fin el capítulo sexto trata de la fecha y del autor del Evangelio.

Entre los temas introductorios cabe destacar el de la autenticidad del IV Evangelio. En la breve introducción que hace Cothenet adelanta ya que, a pesar de las diferencias entre los cinco escritos joánicos, tienen éstos «suficientes puntos en común como para justificar la tradición que los sitúa bajo la autoridad del apóstol Juan» (p. 13). Más adelante refiere que sus «reticencias ante sistemas demasiado rígidos (como los de Bultmann y Boismard) no invalida la tesis según la cual el evangelio conoció diversas etapas en su redacción» (p. 148). Aporta el testimonio de los Padres y de algunos autores antiguos, tratando la cuestión de la identidad del discípulo amado. Con acierto estima que «mejor que recurrir a un desconocido, a quien resulta demasiado fácil prestar cuantas cualidades se requieran para la función que se le otorga, es preferible tomar en cuenta la identificación tradicional del discípulo con el apóstol Juan» (p. 155). A continuación concluye que es posible una «*evolución literaria de la tradición* que se fue formando a partir de él. En este punto no hay por qué contraponer los datos de la época patristica y los de la crítica interna con el fin de sacrificar unos a otros. Basta recordar el hecho de que *la tradición joánica ha establecido el testimonio fundamental cuyo garante es el apóstol*» (p. 156).

Después de exponer diversas hipótesis sobre la formación del Evangelio (cfr. pp. 39 ss.), admite la posible intervención de algún miembro de la comunidad joánica, aunque dejando a salvo la autoría fundamental del Evangelista San Juan. Por ello opina que «el análisis del vocabulario y del estilo abogan en último término por la homogeneidad de la obra de Juan en su conjunto» (p. 50), oponiéndose a las muchas disecciones que se hacen del texto por considerarlas carentes de fundamento sólido (cfr. p. 51). Aporta diversas teorías que apoyan determinados desplazamientos textuales (cfr. p. 25) y estima el recurso para cambiar el texto, de acuerdo con el «argumento de los elementos característicos del evangelio de Juan como instrumento para diferenciar los estratos redaccionales debe utilizarse con prudencia» (p. 34). En otro momento afirma: «Podemos concluir que la estructura global del cuarto evangelio es bastante temprana y que el desarrollo ulterior, promovido por la necesidades de la comunidad joánica, ha

respetado las grandes líneas de la obra primitiva» (p. 57). Se pronuncia, por tanto, por una «lectura sincrónica» (p. 21), aunque sin despreciar ciertos elementos que documentan la historia de la composición del IV Evangelio (cfr. p. 21). En suma «es este libro en su estado definitivo el que se ha transmitido a la Iglesia y ha sido admitido en la canon de las Escrituras. Únicamente éste es normativo para la fe» (ib.).

Destaca la peculiaridad del IV Evangelio consistente, sobre todo, en contemplar con gran profundidad «a Dios en su misterio eterno» (p. 19). Recuerda como ya desde Clemente de Alejandría se denomina a este escrito con el título de «evangelio espiritual» (p. 19). Esta circunstancia justifica que el lenguaje de Juan tenga una mayor densidad teológica, conteniendo en sus palabras algo más de aquello que a primera vista pudiese parecer. Esto explica el valor simbólico que muchos de sus relatos tienen. Lo que no resta valor histórico a los mismos. Recuerda que «durante mucho tiempo, historia y símbolo se contrapusieron como dos dimensiones irreconciliables. Sin embargo, las ciencias humanas de hoy día, como por ejemplo la reflexión filosófica de un Paul Ricoeur, señalan la necesidad y el valor del símbolo como traducción concreta de las coordenadas existenciales en que se mueve el destino humano» (p. 125). Los mismos discursos de Jesús en el IV Evangelio son en general más largos que en los sinópticos. Por una parte afirma que «ningún exégeta sostendrá que en ellos se nos conservan las *ipsissima verba Jesu*», pero a continuación añade: «¿Quiere ello decir que se trata de una mera creación del evangelista? Es necesario un discernimiento mucho más cuidadoso» (p. 129).

En cuanto a las corrientes de pensamiento que han podido incidir en el Evangelio, hace un recorrido por aquellas ideologías que los autores modernos señalan con mayor o menor fuerza. Así se refiere a los escritos gnósticos, rechazando las posturas extremas de Bultmann (cfr. p. 70). Reconoce que al no tener publicados todos los documentos de Nag Hammadi, «la discusión no está cerrada». De todas formas, opina que «a pesar de semejanzas superficiales, el pensamiento joánico se sitúa en un ámbito muy distinto del gnosticismo» (p. 72). Sobre esta cuestión añade una nota complementaria dedicada a la gnosis mandea (cfr. p. 88), cuya aparición no se sabe a ciencia cierta cuando ocurrió y, por tanto, no es posible determinar quién influyó sobre quien. Se fija, además, en el hermetismo, según los estudios de C. H. Dodd, que considera que «los únicos elementos utilizables son los que esclarecen las aspiraciones religiosas de la cultura helenística: Juan responde a estos conceptos tras someterlos a una transformación radical» (p. 74). Respecto a Filón es cierto que se dan en sus escritos algunos símbolos que también San Juan utiliza, «pero mientras Filón piensa sobre todo en el camino místico del alma, Juan aplica dedidamente todos esos símbolos a la persona de Cristo, Logos hecho carne. La diferencia es radical...» (p. 75).

Por último se refiere a Qumrán, como parte del judaísmo heterodoxo de la época. Es indudable la cercanía literaria de nuestro evange-

lista respecto de los esenios. Sin embargo, «a pesar de las semejanzas innegables, la teología de Qumrán y la de Juan son muy diferentes en su aspiración profunda» (p. 79). Destaca, finalmente, cómo Juan tiene indudables raíces veterotestamentarias, leyendo tanto la Ley como los Profetas en clave cristológica (cfr. pp. 80 ss.). San Juan es ciertamente un autor semita. Por ello es falso achacarle un supuesto antisemitismo. «En primer lugar, hay que rechazar el término como *anacrónico*: el conflicto no es de orden racial, sino religioso» (p. 65).

En cuanto a las cartas de San Juan, Le Fort describe su exposición: «Tras una presentación externa de la primera carta, pasaremos a estudiar lo que caracteriza más propiamente su mensaje, para luego situarlo de modo más amplio en el marco del joanismo en general. Por último estudiaremos las cuestiones históricas y los datos tradicionales necesarios para entender las tres cartas» (p. 161). Para ello divide el trabajo en seis capítulos. El primero trata de las características literarias de la 1 Ioh. El segundo recorre los puntos más importantes en este mismo escrito sagrado. El capítulo tercero se ocupa de otros temas característicos de esta carta. En el capítulo siguiente habla de la cuestión del autor y su situación, refiriéndose especialmente a la 2 y 3 Ioh. Bajo el título de «Problemas documentales» estudia en el capítulo cinco la unidad de la primera carta y el problema del autor de las tres cartas, tratando en nota complementaria la cuestión del «comma joanneo». El último capítulo habla de la aceptación de las cartas de la antigüedad y hoy.

Respecto a la autenticidad opina que «se deben, sin duda, a la misma mano» (p. 106). Sin embargo, piensa que la identidad del autor «permanece misteriosa» (ib.). Se fija sobre todo en el testimonio de Papias sobre Juan el Presbítero, sin llegar a ninguna conclusión. Tras contrapesar los datos afirma: «La balanza se inclinaría en favor de la opinión habitual: el autor es un apóstol Juan, sin duda, puesto que la tradición lo establece así. Pero las objeciones contra tal solución son asimismo serias, incluso con respeto al mismo evangelio» (p. 198). Con estas afirmaciones contradice, aunque no directa ni abiertamente, a lo expuesto por Cothenet.

P. Prigent también divide su trabajo sobre el Apocalipsis en seis capítulos. Primeramente hace una presentación de este libro inspirado donde habla del título, de la apocalíptica judaica, del plan y composición del libro. Después habla de los destinatarios, contemplando la posibilidad de situaciones sucesivas en las que el Apc proyecte su luz. El tercer capítulo, titulado «La Teología», dedica unos apartados especiales a los capítulos 11, 12 y 20, tratando además del Espíritu y del juicio. En el capítulo cuarto de su estudio se refiere al autor, mientras que los capítulos quinto y sexto los dedica al Apocalipsis y el culto, y al arte respecto al Apocalipsis.

Señala las semejanzas de este libro con el IV Evangelio. «La enumeración no es exhaustiva, pero los puntos señalados muestran clara-

mente cómo las semejanzas entre el Apocalipsis y el evangelio de Juan son a la vez muy numerosas y muy significativas» (p. 270). No obstante, un poco más adelante considera que «el problema del autor pierde interés y se tiende a contentarse con una respuesta un tanto vaga, que sitúa al Apocalipsis y al evangelio de Juan como pertenecientes a un «círculo joánico», lo cual facilita al mismo tiempo el poder explicar las diferencias y las semejanzas» (p. 271). En cuanto al texto observa ciertos indicios que le hacen pensar sobre algunos retoques al texto original. «Pero examinando con cuidado la lengua y el estilo nos damos cuenta enseguida de que la adición se debe a la misma mano del autor de Apocalipsis» (p. 227).

En la presentación del libro recuerda que la palabra «apocalipsis» significa revelación, manifestación. Por ello se opone a identificar el Apocalipsis como el relato de «catástrofes, espantos, fuerzas terribles desatadas, bien sean cataclismos de orden natural, bien una explosión nuclear. De este modo olvidamos, lo cual es muy lamentable para la interpretación del Apocalipsis, que este libro ha de ser leído como una revelación de Jesús, como el descubrimiento del sentido del evangelio...» (p. 219). Es por tanto un libro que en lugar de provocar temores y miedo, ha de producir consuelo y paz en sus lectores, también en el tiempo presente. «Es verdad que anuncia para el futuro la gloriosa manifestación del reino; pero, una vez que Cristo ha logrado la victoria en la cruz, lo esencial ya está conseguido, pudiendo los hombres experimentar en su vida la realidad de este cumplimiento» (p. 222).

La parte dedicada a la epístola a los Hebreos comienza hablando de la «arquitectura del texto» (cfr. pp. 285 ss.). Al tratar del género literario de este escrito, presenta una curiosa sinopsis estructural, bastante artificiosa a nuestro entender, aunque no carente de interés en orden a una visión de conjunto. En el capítulo segundo habla de la «arquitectura de una teología», siguiendo la imagen empleada (cfr. pp. 299 ss.). Bajo el título de «proyecto arquitectónico», engloba en el capítulo tercero lo concerniente al ambiente cultural, los destinatarios, fecha de composición y el autor (cfr. pp. 324 ss.). En cuanto al género literario y al autor se limita a exponer diversas teorías, sin decidirse por una postura determinada.

Al final del libro se nos ofrece un índice analítico. Resulta breve y un tanto heterogéneo, pues en él se mezclan diferentes temas con nombres de personas o de lugar. Está, por otra parte, dividido en dos partes. Una, dedicada a los escritos de San Juan (cfr. pp. 332-334), y otra, a la carta a los Hebreos (cfr. pp. 334-335).

Antonio GARCÍA-MORENO

Antonio M. JAVIERRE ORTAS, Egidio VIGANÒ y otros, *Martirio e spiritualità apostolica*, Roma, Ed. LAS («Spirito e vita», 12), 1983, 82 pp., 13 x 19.